

Mujeres campesinas en acción por la paz y la mitigación de las violencias*

Leidy Patricia Cuaical-Canacuan^I , Paula Vanessa Sánchez-Agudelo^{II} 

<https://doi.org/10.18046/recs.i48.09>

Cómo citar: Cuaical-Canacuan, Leidy Patricia; Sánchez-Agudelo, Paula Vanessa (2026). Mujeres campesinas en acción por la paz y la mitigación de las violencias. *Revista CS*, 48, a09. <https://doi.org/10.18046/recs.i48.09>

Resumen: En este artículo se reconocen las estrategias de construcción de paz y mitigación de violencias que han desarrollado las mujeres campesinas de Florencia (Caquetá) y Marquetalia (Caldas), Colombia. El diseño metodológico es una apuesta dialógica, implementando técnicas narrativas que otorgaron sentido a las experiencias vividas y permitieron resignificar y dignificar las historias no contadas. En Caquetá, se trabajó con las organizaciones Fundación de Mujeres Campesinas sin Tierra Víctimas del Conflicto Armado (FUMUCASTIVIC), Asociación Nacional para el Desarrollo y el Emprendimiento de la Mujer Rural (ASONDEMUR), Fusión Tropical de la Amazonía y Colectivo de jóvenes, y en Marquetalia con Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia – Marquetalia (ANMUCICMAR) y la Red de Mujeres. Los resultados revelaron la movilización de estrategias que se articularon en cuatro ejes fundamentales: sanación y transformación del ser femenino, tejido de redes de apoyo, prácticas de liderazgo y pedagogías de paz.

Palabras clave: estrategias de paz, mitigación de las violencias, mujeres campesinas, reconocimiento

* Este es un artículo de investigación, resultado del proyecto Redes dialógicas entre mujeres campesinas y jóvenes estudiantes urbanos: reconocimiento de las estrategias para la mitigación de las violencias, la promoción de la paz en los territorios y los efectos del diálogo en la construcción de la paz, ejecutado entre el 1 de diciembre de 2023 y el 1 de diciembre de 2024 en el programa Construcción de Paces, Memorias y Procesos Transicionales con la financiación de la Convocatoria Programa Orquídeas. Mujeres en la Ciencia: Agentes para la Paz, del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación y en articulación con la Universidad de Caldas. Artículo de investigación recibido el 22.12.2024 y aceptado el 10.07.26.

I. Universidad de Caldas (Manizales, Colombia)

II. Universidad de Caldas (Manizales, Colombia)



Peasant women's collective action for peacebuilding and violence mitigation

Abstract: This article presents the identification and recognition of strategies for building peace and mitigating violence that the peasant women of Florencia (Caquetá) and Marquetalia (Caldas) have been weaving. The methodological design was framed in dialogue using narrative techniques that give meaning to the lived experience and provide the opportunity to resignify and dignify untold stories. We worked with the organizations FUMOCATIVIC, ASONDEMUR, Asociación Fusión Tropical de la Amazonía [*Tropical Fusion of the Amazon*], and Colectivo de jóvenes [*Youth Collective*] in Caquetá; and ANMUSICMAR and Red de Mujeres [*Women's Network*] in Marquetalia. Results reveal the mobilization of politically diverse and permanent strategies articulated in four fundamental axes: healing and transformation of the feminine being, weaving of support networks, leadership practices, and pedagogies of peace. In this research peasant women are recognized as peace agents in their territories.

Keywords: Peace strategies, Mitigation of violence, Peasant women, Recognition

Introducción

Históricamente, las mujeres han sido afectadas directamente por diversas formas de violencia (física, psicológica, sexual, económica, simbólica, entre otras) que se derivan de la discriminación estructural y la desigualdad de género. Según el Registro Único de Víctimas (RUV), en el marco del conflicto armado colombiano, 5 159 196 mujeres se vieron afectadas, constituyendo el 50,2 % de las víctimas. Estas experiencias las han llevado a vivir situaciones de vulnerabilidad, pero también de agenciamiento, al desarrollar estrategias resilientes y creativas para enfrentar los daños. A pesar de la importancia de estas prácticas, muchas han sido invisibilizadas para la sociedad, lo cual limita el reconocimiento de su rol transformador y el tránsito hacia la construcción de paz. Estas luchas “reflejan la evolución que ha tenido el rol de la mujer de pasar de lo privado a lo público, y en lo público a jugar un papel político en la sociedad y en particular en sus comunidades violentadas” (Preciado; Pulido, 2020: 117).

En Colombia, las mujeres han desempeñado un papel importante en los procesos de resiliencia y sobrevivencia frente a los hechos victimizantes. Tal como lo expuso la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (Comisión de la Verdad, 2022: 14):

Mujeres y hombres experimentaron el conflicto armado de modos diferentes. A muchos de ellos les costó la existencia; a las mujeres sobrevivientes, la guerra marcó sus cuerpos, su intimidad, sus relaciones sociales, su salud, sus estados de ánimo, sus deseos de vivir y de amar. Sumidas en el dolor, perseveraron en el empeño de cuidar la vida, sus hijos, su techo, su territorio.

En este sentido, las mujeres han enfrentado procesos de recuperación complejos que les han exigido desarrollar recursos, habilidades y capacidades para impulsar soluciones que se adapten a sus realidades particulares. En palabras de Acevedo (2017), la sobrevivencia posibilita resignificación del dolor, transición del sufrimiento y fortalecimiento de sus capacidades para recuperar su dignidad y proyectos de vida. Este protagonismo no solo redefine su rol en la sociedad, sino que genera nuevas formas de reconstruir la vida.

Lo anterior discrepa con la investigación “La participación de las mujeres en los procesos de paz. Las otras mesas”, en la que se sostuvo que, en la imagen de las mujeres en relación con los conflictos armados, prevalece la pasividad y no su capacidad como agentes políticos frente a la violencia. Las mujeres se percibieron como objetos y no como sujetos que podían actuar por sí mismos (Villellas-Ariño, 2010).

Ahora bien, la violencia sociopolítica no se ha presentado ajena a otras formas relacionales que implican daños directos hacia las mujeres. Desde el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE, 2020) se expresó que existe una espiral de violencias intersectadas a la condición de ser mujer, desde la confluencia entre violencia directa, cultural y estructural, que resultan ser realidades instaladas en los cuerpos y vidas de las mujeres campesinas.

Por eso, la construcción de paz no solo se relaciona con el conflicto armado o su posterioridad, configura también una apuesta social, permanente y diversa, haciendo referencia a las paces en plural, así como expuso Martínez-Guzmán (2009): no solo hay una forma de construir paz, sino que dichas formas son múltiples y se tejen en la diversidad. En este mismo sentido, como lo mencionó Loaiza (2023), la paz puede concebirse como imperfecta al no constituirse como finalización del conflicto, sino como capacidad de gestión o mediación a través de la cual, desde lo colectivo, las comunidades promueven la dignidad humana.

Ello implica reconocer que las prácticas y estrategias de paz, así como la mitigación de las diferentes formas de violencia, se construyen por las mujeres desde abajo, es decir, en lo cotidiano y lo común, por ejemplo, resignificando realidades domésticas, acompañando a otras mujeres en situaciones violentas e incluso diseñando escenarios comunitarios propicios para la reconstrucción del tejido social. “Las mujeres son fundamentales en la reconstrucción del tejido

social; nunca se han rendido, y han sido capaces de recomenzar, de recuperar la vida social, a pesar de todo y contra todo” (Comisión de la Verdad, 2022: 30).

En virtud de lo anterior, se trata de una paz situada a partir del encuentro y reconocimiento con el otro. Así como propuso Lederach (2007), la paz se concibe como un proceso dinámico y en constante construcción en el que las relaciones humanas juegan un papel muy importante, ya que no solo están en el centro de los conflictos, sino que son fundamentales para su solución, convirtiéndose en oportunidades de reconciliación.

De tal manera, esta investigación se enmarcó en un enfoque participativo, priorizó el socioconstruccionismo, que destaca la importancia de las interacciones humanas y la integración de la investigación con la acción (Denzin; Lincoln, 2005). Por ello, la configuración de la red dialógica estuvo dirigida a mujeres campesinas afectadas por diferentes tipos de violencia en Colombia, en los municipios de Florencia (Caquetá) y Marquetalia (Caldas), ya que se consideró que su experiencia necesitaba ser visibilizada desde la comprensión de una paz situada, basada en la interacción y la experiencia.

La circulación de las voces entre mujeres propendió por el posicionamiento de sus vidas como valiosas y dignas de ser contadas, al ser rostros de situaciones sociales que han caracterizado a nuestro país. Desde la presente investigación, se configuró la convicción de visibilizar las estrategias de construcción de paz no solo en ámbito académico, sino como un aporte a la transformación de las realidades sociales. De acuerdo con Bonilla (2011, como se citó en Tamayo; Bonilla, 2014), para la superación de los traumas sociales dejados por las diferentes formas de violencia, es necesario transitar las voces de las víctimas a los escenarios públicos, donde la ciudadanía reconozca la verdad, la justicia y la reparación desde el afecto, lo simbólico, el ritual y la conmemoración, y es allí donde se articulan los ámbitos doméstico-familiar-subjetivo como conversaciones y discusiones más amplias y colectivas para la transformación.

El relacionamiento de las mujeres campesinas, a través el diálogo como dispositivo metodológico, permitió el reconocimiento social de las experiencias locales, necesarias en la reconstrucción del tejido social y en la continuidad para la recuperación emocional y comunitaria. Este escenario dialógico sucede como una forma de conversación particular que favorece la conexión entre los participantes y, según Freire (1985), genera un reconocimiento de la humanidad y la dignidad del otro. Por lo tanto, propiciar el diálogo y contribuye a la construcción del conocimiento y a la transformación de sus realidades.

Metodología

El diseño metodológico de esta investigación fue cualitativo-interpretativo (Richardson; dams-St.-Pierre, 2005), se centró en comprender las experiencias de las mujeres campesinas desde una perspectiva profunda, subjetiva y contextual. Además, se complementó con la investigación narrativa y la investigación acción participativa (Hernández; Fernández; Baptista, 2014). Según Hernández, Fernández y Baptista (2014), la primera permite entender eventos y experiencias desde la perspectiva de quienes las vivieron, es decir, que sus relatos de vida son fuente principal para interpretar los significados construidos alrededor de los mismos, y la segunda orienta a resolver problemáticas de sus entornos desde soluciones prácticas para lograr una transformación.

El procedimiento se llevó a cabo mediante las siguientes fases: alistamiento, diálogos y análisis de la información.

Alistamiento

En esta fase inicial se realizó la planeación del trabajo de campo y los primeros contactos con agentes investigativos, profesionales y comunitarios relacionados con los grupos de mujeres. Así mismo, se revisaron antecedentes sobre formas en las que mujeres campesinas enfrentaban las violencias, estrategias de construcción de paz en los territorios, propuestas desplegadas por mujeres y estrategias dialógicas para la construcción de paz. Todo esto constituyó el punto de partida para el diseño de los primeros diálogos.

Participantes

Las participantes fueron 41 mujeres campesinas, 21 provenientes del departamento del Caquetá y 20 del municipio de Marquetalia, Caldas; si bien algunas residían en los cascos urbanos de sus municipios, esto fue consecuencia de eventos de desplazamiento forzado, pero su proveniencia era de zonas rurales. La mayoría de las participantes se encontraba entre los 40 y los 60 años de edad, solo se tuvo la participación de dos mujeres entre los 18 y los 30 años, y también hubo una minoría mayor de 60. El nivel más alto de escolaridad encontrado en el grupo fue el bachillerato, pero esto correspondió a una minoría, la mayoría tenía la primaria o la secundaria incompleta.

Todas las participantes pertenecían a alguna de las siguientes asociaciones, a las que se convocó a la participación del proyecto, en virtud de relaciones colaborativas previas. Respecto a las organizaciones sociales de Caquetá, estuvieron

la Fundación de Mujeres Campesinas sin Tierra, Víctimas del Conflicto Armado (FUMUCASTIVIC), la Asociación Nacional para el Apoyo y Emprendimiento de la Mujer Rural (ASONDEMUR), Fusión Tropical de la Amazonía y Colectivo de Jóvenes. En el caso de las de Marquetalia, participaron la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (ANMUCICMAR) y la Red de Mujeres.

Diálogos

Se llevaron a cabo dos diálogos. Por un lado, un diálogo entre las mujeres en cada uno de los territorios con el objetivo de identificar, describir y reconocer las diversas estrategias y acciones, tanto individuales como colectivas, desplegadas a partir de su agenciamiento para mitigar los efectos de los diferentes tipos de violencia y promover escenarios de paz territorial. Para ello, se desarrollaron técnicas narrativas que otorgaban sentido a la experiencia vivida y se constituyeron como una oportunidad para resignificar y dignificaron el ejercicio de memoria.

Por otro, el intercambio dialógico entre mujeres de Caquetá y Marquetalia. El propósito del intercambio de experiencias y reconocimiento del ser mujer campesina fue un proceso que facilitó la ampliación de perspectivas y la formulación de orientaciones para la construcción de la paz desde los escenarios gestados en la ruralidad. Se gestaron dos encuentros entre las mujeres campesinas de los dos territorios para que pudieran compartir sus historias de resiliencia, resistencia y superación; fortalecer sus capacidades individuales y colectivas; tejer redes de apoyo y solidaridad, asuntos esenciales para enfrentar las adversidades y promover una mayor visibilidad y valorización de su papel en la construcción de una paz sostenible y equitativa. Para estos encuentros se usaron algunos elementos de la herramienta de diálogo público, diseñada para procesos de acompañamiento en grupos y colectivos entre los cuales pueden evidenciarse estereotipos (Herzig; Chasin, 2006).

Consideraciones éticas

Todas las participantes firmaron consentimientos informados previa socialización del proyecto, en los cuales se autorizó la grabación en audio y video, se establecieron las condiciones de confidencialidad, la posibilidad de retiro del estudio en cualquier etapa, la no remuneración y demás disposiciones para el cumplimiento de las condiciones para la realización de la investigación. En cuanto a la devolución de los resultados, se llevaron a cabo encuentros en cada uno de los territorios para la socialización y validación por parte de las participantes.

Análisis de la información

Los diálogos fueron grabados en audio o video y transcritos textualmente en su totalidad. Para el proceso de codificación se usó el software ATLAS.ti y, como orientación, se tuvieron los procedimientos sugeridos por la teoría fundamentada (Strauss; Corbin, 2002). Una vez identificadas claramente las categorías emergentes, se realizó el proceso de triangulación para su interpretación hermenéutica.

Resultados

A través de la creación de una red dialógica entre mujeres rurales de Caquetá y Marquetalia, quienes decidieron abrirse emocionalmente, intercambiar experiencias personales y cuestionar las violencias estructurales, se logró identificar y reconocer la movilización de estrategias diversas, permanentes y con un claro accionar político en la mitigación de diferentes tipos de violencia y en la construcción de paz territorial. Este proceso facilitó la edificación de puentes transformadores, uniendo experiencias y aprendizajes del pasado con acciones presentes y proyecciones futuras. Fue una apuesta donde se “construye[ro]n sentidos y organiza[ro]n significados que atraviesan lo corporal, lo relacional y lo emocional” (Bello-Tocancipá; Aranguren-Romero, 2020: 192).

Si bien las mujeres campesinas eran de lugares distintos, compartían un vínculo profundo con la tierra, así como una capacidad de resistencia, resiliencia y determinación para desafiar la espiral de violencias al interior de sus territorios. Aunque su labor había permanecido en la sombra, su papel en el ámbito rural emergió como un recurso invaluable para abordar las raíces del conflicto, defender sus derechos y fomentar una cultura de paz.

Bajo esta perspectiva, las estrategias desplegadas por las mujeres campesinas se articularon en cuatro ejes fundamentales: sanación y transformación del ser femenino, tejido de redes de apoyo, prácticas de liderazgo y pedagogías de paz. Aunque estructuradas en áreas distintas, estas se integraron y conectaron entre sí, facilitando un avance sinérgico hacia la transformación personal y colectiva. De este modo, abordaron la dimensión intrapersonal como base para la resolución de conflictos interpersonales.

Sanación y transformación del ser femenino

En esta sección, surgieron reflexiones sobre el amor propio, el autocuidado, la autoconciencia y el empoderamiento como procesos interpersonales fundamentales para erradicar las violencias y construir paz, integrando el perdón y la

fortaleza espiritual (en este caso referida a Dios) como componentes esenciales para promover la sanación y transformación de sí mismas. Una de las participantes expresó: “debemos trabajar en nosotras, en nuestro territorio, si yo tengo paz, amor y tranquilidad, eso lo puedo dar, entonces tenemos que trabajar con nosotras mismas” (Blanca, comunicación personal, 9.03.2024).

Las múltiples violencias estructurales sufridas por las mujeres campesinas han dejado secuelas profundas, debilitando su autoestima y provocando una pérdida de su poder femenino. En esta línea, la renovación de su ser era inaplazable y urgente, por lo que resultó esencial la toma de conciencia sobre sus cuerpos, vidas y territorios. Esto se manifestó a través de la defensa de sus derechos y la conquista pacífica de espacios que, históricamente, habían sido limitados para ellas. Una de las mujeres indicó: “Mi cuerpo es un territorio. ¿Qué hago yo? Respetarme, respetar mi cuerpo y, de esa manera, no permitir que estén vulnerando mis derechos” (María, comunicación personal, 9.03.2024).

Lo anterior, como un proceso de empoderamiento y capacidad crítica-reflexiva frente a sus realidades y la transformación de estas. Así pues, “la permanente conciencia sobre nuestro cuerpo y el cuidado propio como práctica sostenida, representa una auténtica experiencia femenina revolucionaria” (Sisma Mujer, 2016: 40).

Paralelamente, el perdón emergió como una estrategia para cultivar la paz interior, trascender el dolor, aliviar el espíritu y promover la propia reconstrucción. Esto se reflejó en las palabras de una de las participantes:

A pesar de que nos haya pasado algo o alguien haya tenido una violencia contra nosotras, no podemos tener ese rencor y esa rabia frustrada de eso, porque ese daño nos lo vamos a hacer nosotras; hay que sacarlo para poder tener esa paz interior. (Leiver, comunicación personal, 7.04.2024)

Este proceso fue esencial para recuperar y transformar su primer territorio: el propio ser, permitiéndoles liberar emociones perjudiciales a nivel físico, psíquico, emocional y espiritual, y facilitando la reconciliación consigo mismas y con sus victimarios, para restablecer relaciones más armoniosas. En complemento, otra de las mujeres sostuvo: “usted se siente enfermo, porque usted contra esa persona (...) solo mantiene odio, pero si usted perdona, se siente feliz y pasa la página; usted se alienta, sin rabia, sin rencor. Usted mismo vive en paz” (Deisy, comunicación personal, 7.04.2024). Esto significa que el perdón es de mucha ayuda para quien lo da, pues posibilita tener una visión más profunda sobre dicho acto y la oportunidad de aportar a la reconciliación social.

Asimismo, la guía espiritual en la figura de Dios se consolidó como una estrategia constante de afrontamiento, sanación y transformación de sí mismas, ejerciendo una influencia positiva en la vida de las mujeres campesinas. Una participante afirmó:

A pesar de esos daños que me han hecho, de aquellas personas, primero fue la fe en Dios, porque cuando yo tengo fe en Dios, él me da esa fuerza y esa valentía o me dio en aquel momento en que tuve esa frustración. Sí, me dio esa fuerza y esa valentía. (Angie, comunicación personal, 7.04.2024)

Esta estrategia personal y cotidiana no solo les permitió tener resistencia y resiliencia frente a los impactos de violencia que tuvieron que sobrellevar en el pasado, sino que continuamente les permitía asumir senderos de paz, conservando la fe de que en el futuro habría múltiples posibilidades de transformación sobre sus condiciones de vida en la ruralidad.

Tejido de redes de apoyo

Las redes de apoyo cumplieron un papel fundamental como sostén integral en el bienestar físico, mental y emocional de las mujeres campesinas, proporcionando espacios seguros e impulsando la acción política ante la vulneración de sus derechos. Estas redes incluyeron la familia, el acompañamiento profesional e institucional y los procesos organizativos de mujeres.

En primera instancia, la red familiar fue el primer apoyo emocional, afectivo y económico para enfrentar y resistir a las diferentes adversidades. La familia no solo representó un refugio ante la violencia, sino que les hizo sentir que no estaban solas para reconstruir su proyecto de vida. En palabras de una de las mujeres participantes: “Esta red es mi familia, porque si mi familia está bien, yo estoy bien. Yo siempre he crecido con mi papá, mi mamá, mis hermanos; ellos son mi motor principal para lograr cada reto que hay en mi vida” (Viviana, comunicación personal, 25.05.2024).

En los caminos de dolor, caos y desespero, la familia fue una red que brindó amor y unión para el empoderamiento de las mujeres. A su vez, se destaca que fue una inspiración para superar obstáculos y aportó el respaldo necesario en los momentos difíciles que han tenido que enfrentar.

En segunda instancia, se identificó el acompañamiento profesional e institucional que les brindó herramientas esenciales para superar las violencias y los retos en su vida personal, comunitaria y social. Esta red les facilitó la gestión de problemas emocionales, la resolución de conflictos, entre otras acciones

que contribuyeron a mejorar su calidad de vida. Algunas de las participantes lo expresaron:

Muchos piensan de los psicólogos: “yo no voy porque no estoy loco”, ¿eso pa qué?, pero esas personas tienen ese tema un poquito más dominado que uno. Entonces, le puede dar lucecitas; ellos no le van a dar la solución, no, pero le dicen: “cojan por aquí”. (Blanca, comunicación personal, 9.03.2024)

Que la Universidad de Caldas nunca nos abandone, porque esa fue la que llegó a Marquetalia, como hace 12 o 13 años y llegó con un grupo de no violencia contra la mujer. Entonces, ahí todas ya fuimos perdiendo el miedo, ya nos fuimos empoderando, ya fuimos creando grupitos, fue una experiencia muy hermosa. (Ligia, comunicación personal, 9.05.2024)

Ni el esfuerzo individual ni el apoyo familiar fueron suficientes para que las mujeres rurales tramitaran los graves riesgos que enfrentaban. Era indispensable que contaran con acceso adecuado a servicios integrales como servicios psicosociales, asesoramientos, atención médica y servicios jurídicos.

En tercera instancia, emergió la red de procesos organizativos de mujeres que se había gestado en cada territorio y que representó una oportunidad de *estar, sentir y crecer juntas*. A su vez, les permitió asumir un rol político en otros escenarios diferentes de lo privado, desafiando el orden patriarcal y colonial, es decir, desde otras maneras de habitar en el mundo. Una de las mujeres participantes afirmó que los trabajos colectivos con mujeres eran:

Espacios de escucha, de habla, poder escuchar a la compañera. A veces hay cosas que de pronto nos frustra a nosotras, pero hay a otras que les han pasado cosas más terribles que a mí, pero lo han podido superar. Entonces, me enseñan a mí de que puedo salir adelante, a pesar de que me ha pasado eso; entonces trabajos asociativos con otras organizaciones. (María, comunicación personal, 7.04.2024)

Una posibilidad que *entre mujeres* les permitió caminar hacia horizontes de dignidad, justicia y cumplimiento de sus derechos, pues colectivamente abordaron el mar de dificultades. Esta juntanza y red de solidaridad “se ha posicionado como un espacio de transformación personal y construcción de formas alternativas de existir y participar políticamente, desde la validación de la voz, los sentires y las experiencias de las mujeres” (Navarro-Trujillo; Uribe-Lineros, 2020: 93).

Prácticas de liderazgo

Como mujeres campesinas arraigadas a la tierra, poseían el don de cultivar vida, preservar memoria y dejar huellas mediante iniciativas comunitarias, procesos organizativos de mujeres y la gestión de alternativas que atendían intereses y necesidades tanto individuales como colectivas. Esto se evidenció en el surgimiento de dos organizaciones lideradas por mujeres en Marquetalia y cuatro en Caquetá, territorios que dieron lugar al empoderamiento y liderazgos comunitarios, aún en medio de las injusticias y desigualdades. Una de las lideresas afirmó:

Yo siento que yo sí genero paz, porque en mi comunidad, hace bastantes años, yo creo que hace diez años y hasta la pandemia que estuvimos en el encierro tan horrible, yo tengo un grupo de gente en el que están niños, jóvenes y adultos, y trabajo con ellos en aeróbicos. Yo dicto aeróbicos todos los martes de seis a siete de la noche y yo siento que, de esa manera, estoy generando paz y no solamente eso, sino que tengo a la comunidad organizada (...) y lo más bonito es que, en vista de todo ese proceso que yo vengo adelantando con toda esa comunidad, se me une gente de otras veredas. Allá en la casa llegan en moto, en bestia, llega la gente a pie. (María, comunicación personal, 9.03.2024)

Las mujeres campesinas mostraron un gran compromiso y determinación en las iniciativas comunitarias que lideraban, convirtiéndose en pilares fundamentales para la construcción de nuevas oportunidades y la siembra de sueños personales y colectivos. Gracias a su trabajo constante, respondieron a los intereses y necesidades de sus comunidades, ofreciendo soluciones a problemas cotidianos. En este sentido, su visión de liderazgo impactó de manera positiva en la transformación del tejido social rural.

Los liderazgos de las mujeres han sido múltiples y se han expresado desde sus narrativas de transformación. Además, empezaron a ser protagonistas dentro de sus comunidades con el fin de construir un futuro mejor. Como lo planteó Rita Segato (2016), a través del trabajo y liderazgo comunitario, se cultivan relaciones menos frías y protocolares que pueden conversar con la institucionalidad, pero reconociendo el valor vinculante en las comunidades.

Pedagogías de paz

Las pedagogías de paz promovidas por mujeres rurales eran prácticas educativas y comunitarias situadas particularmente desde el fortalecimiento de los valores comunitarios. De esta manera, el respeto, la cooperación (ayudar a los demás), la

prudencia y el diálogo eran acciones propias que claramente buscaban cultivar una convivencia armoniosa. Una de las participantes expresó: “Siento que para la paz necesitamos respeto, humildad y sinceridad... Respeto, porque si yo me respeto, respeto a todos; necesitamos tener mucha humildad y ser sinceros en todo lo que hagamos y digamos” (Alba, comunicación personal 9.03.2024).

Este fortalecimiento de los valores comunitarios se fundamentó en la no violencia y el pacifismo, orientados a equilibrar las relaciones e interacciones, promoviendo empatía, respeto mutuo y comprensión de la diversidad de pensamientos y emociones. Por los anterior, se otorgó especial relevancia a la educación para la paz, entendida como un ejercicio continuo que debía integrarse en la vida cotidiana. Al respecto, una de las lideresas mencionó:

Yo siempre lo he dicho: la idea de educar es muy importante; inculcar desde la temprana edad la paz, el diálogo activo, la escucha. Entonces, empezar desde casa a mostrar a nuestros niños que no es tan importante agredir al otro, sino decirle: “ven hablemos, intentemos resolver nuestros conflictos antes de llegar más allá”. (Amanda, comunicación personal, 7.06.2024)

La educación se configuró como una herramienta clave para que las nuevas generaciones conocieran la memoria histórica de sus territorios y del país, fomentando actitudes y comportamientos de respeto y reconocimiento mutuo. Esto favoreció abordar y gestionar los conflictos de manera pacífica, contribuyendo a la transformación de la cultura patriarcal y colonial hacia una cultura de paz territorial.

Este proceso de conciencia, reflexión y memoria histórica, situado en las propias vidas y en los espacios cotidianos de quienes apostaron por la construcción de la paz y la defensa de los derechos humanos, contribuyó a la creación de nuevos mundos posibles. Las luchas emprendidas por las mujeres campesinas de Marquetalia y Caquetá merecen tener eco en otros territorios y contextos de incidencia, dado que poseen una profunda sabiduría y enfoques claros para la construcción de la paz, convirtiéndola en una acción diaria que incluye las voces y sentires de todas las mujeres.

Discusión

Históricamente, a las mujeres, se les ha relegado al rol de víctimas o cuidadoras, lo cual las excluye como agentes de cambio y promotoras de resolución pacífica de conflictos. “Se ha negado a las mujeres la capacidad de ser sujetos de acción

en los conflictos armados, en un sentido u otro, de forma que toda la variedad de sus experiencias como agentes sociales ha sido ignorada” (Mendia-Azkue, 2009: 11). Por lo tanto, reconocer sus experiencias, historias y perspectivas como acciones innovadoras y estratégicas para generar la paz territorial, es esencial, pues implica un aporte a la reconciliación y la reconstrucción del tejido social.

Las experiencias de mitigación de violencias y construcción de paz promovidas por las mujeres campesinas poseen un poder político para resignificar lo vivido, generar acciones presentes y proyectar la transformación del futuro. Esto es posible mediante la siembra de paz, amor propio y esperanza hacia una vida libre de violencias, nutridas a través de redes de apoyo, fortalecimiento del liderazgo comunitario e impulso de una cultura de paz fundamentada en valores comunitarios y educación.

En los resultados se enfatizó en la importancia de la sanación y transformación del ser femenino como un camino de introspección, basado en la conciencia del autocuidado y el amor propio. Este proceso conlleva a un desprendimiento de los roles tradicionales de cuidadoras, permitiéndoles asumir sus vidas desde una perspectiva autónoma. Este trabajo sobre sí mismas implica enfocarse constantemente en los cambios que hay que implementar para lograr una transformación personal. Sarrazín y Mira-Sarmiento (2023) denominaron dicha conciencia como ética de la espiritualidad, caracterizada por la auscultación permanente de aspectos profundos de su ser interno.

Este proceso de reflexión, cuestionamiento y crítica fortalece el bienestar emocional, convirtiéndose en un ejercicio no solo individual, sino colectivo, al confrontar y desafiar la praxis patriarcal. Esta transición de lo íntimo al espacio compartido resulta fundamental, puesto que la estructura tradicional configurada históricamente ha sugerido el aislamiento con el fin de neutralizar políticamente a las mujeres. En correspondencia con la necesidad de romper esa dinámica, “en la medida, en que este orden plantea para las mujeres vida en solitario, en silencio y en un mundo privado, el autocuidado reconoce y exalta nuestro lugar en un contexto social, político e histórico” (Calderón-Díaz; Hoyos-Martínez; Ospitia-Rozo, 2020: 22). Esto quiere decir que la colectividad se opone al mundo aislado que el patriarcado plantea y los espacios comunitarios resisten dicho orden, mientras sugieren la reflexión. En correspondencia, el autocuidado no se entiende ya como práctica individualista, sino como estrategia de resistencia política. Al tejer redes de apoyo, las mujeres sanan los dolores de la dimensión subjetiva y conquistan un espacio público.

Parece entonces que estos procesos de sanación interior que las mujeres refirieron, desafían la noción de ser seres “para los otros” (Lagarde, 2012), desde la cual el cuidado de los demás ha sido la experiencia totalizante que no deja

espacio para pensarse a sí mismas. En esta misma lógica, todos aquellos espacios en los que las mujeres salen de los marcos de cuidado de otros en sus roles más tradicionales, son escenarios que les facilitan la acción de pensarse a sí mismas y, aunque las organizaciones constituyen experiencias principalmente de la colectividad, son oportunidades para la introspección.

Ahora bien, la decisión de perdonar como parte del proceso de sanación y transformación del ser femenino es activa, “genera un alivio subjetivo, transformaciones en su malestar emocional y fortalecimiento de sus vínculos familiares y sociales,” (Villa-Gómez; Guzmán; Arango, 2022: 617). Para las mujeres campesinas que recibieron el daño de diferentes hechos victimizantes y una exclusión estructural, el perdón implicó mucho más que su relación con el victimario, significó un proceso de resignificación de la experiencia que les permitió recuperar el control de su narrativa emocional en el presente, transitando de la víctima pasiva al sujeto activo. En palabras de Corredor-Sotelo y Fuertes-Fuertes (2021: 235), el perdón es “un proceso a partir del cual se da paso a la liberación del sufrimiento, de las relaciones dolorosas, se libera entonces de la condición de víctima”. La resignificación de la condición de víctimas no implica borrar el pasado, sino reconfigurar el presente y el futuro en clave de dignidad y resiliencia.

Villa-Gómez (2016) planteó que el perdón requiere una memoria creativa en la cual las lecciones del pasado configuren decisiones para el futuro que se sueña. Perdonar es un acto de resistencia, pues a través de este se rompe la cadena de odio y daño que sugiere la violencia. Domínguez de la Ossa y Aleán-Romero (2020) lo definieron como requisito para la creación de nuevas relaciones comunitarias, en otras palabras, como un elemento que deja de ser abstracto para convertirse en catalizador de la paz.

Aunque desde las concepciones de perdón expresadas por las mujeres campesinas se leyeron elementos políticos de resistencia, el proceso de espiritualidad-sanación que refirieron se configuró desde la fe en Dios. Al respecto, Macías *et al.* (2016) plantearon que Dios se convierte en fuerza que moviliza la búsqueda de opciones para la sobrevivencia. Esto se ha conceptualizado como afrontamiento religioso positivo (Pargament; Feuille; Burdzy, 2011) y se refiere a la capacidad de poner las creencias espirituales al servicio de la resignificación y el consuelo ante el daño recibido. Compartir la carga con un tercero que, para el caso, es una figura sagrada, puede considerarse una estrategia psicológica adaptativa que favorece la regulación emocional, el alivio del dolor y la reconciliación.

Por otro lado, las redes de apoyo también hacen parte del proceso de la resiliencia. Las mujeres campesinas de Caquetá y Marquetalia otorgaron especial importancia a los tejidos de redes de apoyo, pues “el desarrollo de interacciones favorables con los otros, el establecimiento de vínculos de respaldo que aporten

de manera positiva al contexto de las personas, incide en la creación o el fortalecimiento de las acciones de resiliencia” (Aristizábal; Pinilla, 2023: 8).

Estas redes se consolidan gracias a las relaciones espontáneas del contexto más inmediato como la familia, los vecinos, los amigos, que brindan apoyo a la persona, o también de alianzas más formales como el soporte especializado que otorgan las instituciones y las organizaciones. Igualmente, puede que se hayan establecido previamente o se hayan dado en el proceso de enfrentamiento del daño. Al respecto de estas relaciones, Aristizábal y Pinilla (2023: 9) expresaron que contar con la familia es significativo porque propicia “en las mujeres el repensar su vida y transformar sus miedos y tristezas en empuje, fuerza y convicción para resurgir”. Mientras tanto, el acompañamiento profesional e institucional es una oportunidad para mejorar la calidad de vida.

Las relaciones constituyeron uno de los recursos más importantes de las mujeres campesinas en el proceso de mitigar la violencia y agenciar la paz, pues en muchos casos concretaron asistencia específica en satisfacción de necesidades básicas, sobre todo en momentos de crisis. En este sentido, hay que tener presente la dificultad que supone ocuparse de la salud mental en un contexto de inseguridad material. También, fueron apoyo emocional en procesos de duelo y en la reconstrucción de los proyectos de vida, lo que demuestra que, a pesar de los daños, las redes son un tejido que queda, que no se rompe, sostiene y continúa dando sentido a la vida.

La importancia de las redes de apoyo en la experiencia de las mujeres campesinas se explica desde un marco socioconstruccionista, pues la tramitación de los daños, la misma experiencia de la sobrevivencia y el agenciamiento de la paz son acciones coordinadas con otros. En palabras de Shotter (1993), *se es en relación con*. Ahora bien, cuando las relaciones implican el reconocimiento mutuo, constituyen verdaderas posibilidades de afianzamiento vincular.

Mediante las relaciones con otras, las mujeres campesinas describieron que sus afectaciones no eran hechos aislados, sino compartidos, por esta razón, las mujeres agrupadas en colectivos transforman el sufrimiento individual en una plataforma organizada para reclamar la garantía de los derechos (Castillo-Niño; Ospina-Navarro; Bautista-Joaquí, 2024). Así se logra que las redes no se agoten en la asistencia psicosocial, sino que trasciendan a la función de escudo protector, donde la violencia persiste y la lucha individual no es posible. Con la ayuda de las redes de apoyo, las mujeres campesinas han logrado capacitarse en temas de derechos humanos, legislaciones vigentes, redes y servicios institucionales, reparación, memoria histórica y otros aspectos que fueron configurando su agenda pública como agentes constructoras de paz.

Dichas redes se constituyeron en una fuerza sostenedora para legitimar los procesos individuales o intrapersonales a los que se aludió al inicio de la discusión. Ha sido en la red comunitaria donde la mujer campesina ha logrado encontrar respaldo para ejercer su capacidad de sanar y perdonar sin ser juzgada por pensar o habitar espacios para sí misma. En la búsqueda de redes, las organizaciones sociales emergieron como una respuesta, facilitando el apoyo mutuo, el fortalecimiento de los lazos y la socialización de una experiencia que requería ser contada, tramitada y recordada.

En las organizaciones sociales hay lugar para rituales, encuentros, testimonios, actividades corporales, entre otros elementos de colectivización que se convierten en lugares de afecto y seguridad. Esto quiere decir, como lo plantearon López-López y Pineda-Marín, (2019), que las organizaciones han sido factores de protección de la salud mental, pues al socializar el sufrimiento, la carga individual que representa se convierte en motor de solidaridad y acción compartida, capaz de mitigar el impacto de los daños.

Con frecuencia, las organizaciones mutan de espacios de resistencia a unidades de emprendimiento y producción, como es el caso de algunas de las participantes. En dicho contexto, la organización ha permitido la comercialización de productos y, aunque, al momento de la investigación, no existían gestiones de alto impacto como el acceso a recursos internacionales o subsidios estatales, la generación de algunos ingresos empezaba a romper la subordinación histórica de la mujer, propia del patriarcado y sumada a la vulnerabilidad que dejaron las consecuencias de las diferentes formas de violencia experimentadas.

El desafío personal, relacional y colectivo que la mujer campesina ha logrado ante la opresión, puede considerarse como empoderamiento. Aristizábal y Pinilla (2023) lo asumieron como un proceso que contribuye al desarrollo de capacidades y recursos de manera contextual y situada, y a establecer metas, buscar estrategias y acciones para alcanzarlas. Además, permite avanzar en la construcción de liderazgos comunitarios y apuestas estratégicas para hacer la paz.

El liderazgo comunitario es un proceso complejo, activo, participativo y democrático que incrementa el compromiso con la comunidad y genera modos de acción que se asumen como un servicio (Guevara-Cobos; Parra-Ramírez, 2019). En este sentido, las mujeres campesinas reconfiguraron su identidad hacia la de seres útiles a su comunidad, de manera que estos procesos colectivos afianzaron sus procesos individuales y viceversa. Aunque no se puede asegurar el socavamiento absoluto del orden patriarcal, es importante tener en cuenta que mediante estas dinámicas se van abriendo nuevos horizontes de futuro en los que las mujeres campesinas van adoptando conciencia política, capacidad de

gestión, perseverancia, todas estas condiciones necesarias para la reconstrucción del tejido social y comunitario.

Estos liderazgos, nacidos en la adversidad, en medio de violencia, pobreza, inequidad y demás limitaciones (Serrano-Mora, 2021), son contrapuestos con la esperanza de la recuperación y la sanación. En esa paradoja, se configuró un compromiso para hacer la paz, lo que conllevó al despliegue de pedagogías específicas para asegurar el futuro de la comunidad.

Las pedagogías para la paz pueden considerarse iniciativas cotidianas y contextuales mediante las cuales las mujeres transmiten saberes sobre nuevas formas de convivencia, resolución de conflictos, memoria, comunidad. Courtheyn (2018), planteó las prácticas diarias de cuidado de la tierra, la alimentación y la educación comunitaria como formas de pedagogía crítica que van sembrando una idea de resistencia frente a los actores armados. Estas acciones conjuntas como cocinar, cultivar, formar, más que actos de supervivencia, son actos deliberados en la lucha por el territorio y la cultura que los actores armados han querido socavar a través de estrategias centradas en el miedo, el terror, la incertidumbre y la desconfianza.

Sumado a las acciones cotidianas, las mujeres también han hecho uso de pedagogías alternativas y performativas, por ejemplo, en el caso de las mujeres participantes, el tejido y las huertas de plantas medicinales se convirtieron en dispositivos para enseñar a sus familias y a la comunidad. Según Arias-López, Bliesemann-de Guevara y Coral-Velásquez (2020), estas prácticas educan a la sociedad sobre lo ocurrido, dignifican a las víctimas, defienden los contextos naturales, denuncian la no garantía de derechos y, al mismo tiempo, la exigen desde formas pacíficas.

Por su parte, Bautista (2022) argumentó que las pedagogías gestionadas por mujeres son verdaderas propuestas de paz territorial, en las cuales se sustituye la lógica guerrerista por la ética del cuidado y la reparación de los vínculos humanos y ecológicos.

En un camino difícil de abrir y transitar, como es el ir de la cultura de guerra a la cultura de la paz, tenemos un sistema de valores que pueden ser enseñados y transmitidos a la próxima generación y contribuir a la paz sostenible y global en un mundo que no supera aún la exclusión, la intolerancia y la guerra. (Silva, 2015: 30)

Por ello, cabe resaltar que las historias, experiencias y estrategias de paz que lideraron las mujeres campesinas, fueron memoria viva para las presentes y futuras generaciones. De esta forma, la educación para la paz, involucrando

valores comunitarios, constituye un proceso de aprendizaje y es “un acto consciente, en el cual existe la necesidad de conocer qué modelo de personas y de sociedad queremos tener, construir y transformar; cuál es la cultura de paz que deseamos y basada en cuáles principios” (Cerdas-Agüero, 2015: 138).

Las mujeres, además de ser custodias de un relato territorial, han usado el cultivo, la soberanía alimentaria y el tejido comunitario como herramientas de resistencia pacífica que iniciaron en el territorio íntimo (cuerpo-mente-espíritu) y, simultáneamente, les dieron la posibilidad de conectarse con otros y otras que compartían los mismos intereses y necesidades. Bajo esta perspectiva, fue una resistencia que no solo se opuso al poder opresor, sino que creó nuevas formas de existir, pensar, sentir, habitar, conocer, interactuar y ejercer el poder en un mundo donde se reafirmaba la vida (Sánchez-Mora, 2021).

Conclusiones

En términos de las iniciativas locales y cotidianas para la construcción de la paz, es posible afirmar que hay multiplicidad de formas de despliegue. Específicamente, las mujeres campesinas de Florencia (Caquetá) y Marquetalia (Caldas) han evidenciado diferentes maneras para mitigar las violencias de las cuales han sido objeto; han formulado estrategias para resolver los conflictos, contribuyendo a la reconciliación y a la restauración del tejido social, y han agenciado acciones pedagógicas en cada uno de sus territorios, intentando legitimar nuevas formas de vivir.

Lejos de inscribirse en acuerdos formales, amparados en la institucionalidad, las paces que aquí se documentaron fueron gestadas desde abajo, en lo doméstico, en lo privado, en redes inmediatas, confirmando que la construcción de la paz no implica un solo evento que configure un antes y un después ni representa la finalización absoluta de la violencia; por el contrario, es un proceso dinámico, permanente, situado y, como lo planteó Lederach (2007), en el centro de la construcción de la paz se ubican las relaciones humanas.

Las estrategias desplegadas por las mujeres campesinas y organizadas en el presente documento en cuatro categorías: sanación y transformación de ser femenino, tejido de redes de apoyo, prácticas de liderazgo y pedagogías de paz, constituyeron iniciativas locales, integradas entre la intimidad de la experiencia intrapersonal y el encuentro con los otros, lo relacional, lo comunitario y lo político. La sanación de la dimensión personal, el amor propio, el autocuidado, y la conciencia, fueron sustrato que hizo posible sostener los vínculos, ejercer liderazgos y transmitir saberes, pero, al mismo tiempo, fueron estos escenarios

los que hicieron posible ese proceso individual. De manera que existió una situación de reciprocidad no causal que configuró la condición de posibilidad para que la mujer campesina agenciara la transformación.

Las redes de apoyo familiares, sociales, institucionales y organizativas dieron lugar a espacios colectivos y de resistencia a través de los cuales las mujeres campesinas se opusieron a las dinámicas opresivas propias del patriarcado, que no daban permiso más que para el cuidado de los otros y lograron instalar en la cotidianidad nuevas formas de existencia. Al asumir un rol político en escenarios distintos y nuevos para ellas, socavaron el ordenamiento establecido, transitaron de lo privado a lo público y se descubrieron como agentes políticas. La juntanza, entendida como el encuentro de la red de solidaridad, se consolidó como soporte emocional, económico y social donde se agenció la voz, el sentir y las experiencias.

Por último, las pedagogías de la paz fueron las que lograron consolidar un horizonte intergeneracional, pues uno de los principales enfoques de las mujeres campesinas era proveer un mejor contexto para la descendencia. Al cimentar la convivencia en valores comunitarios —respeto, cooperación, prudencia y diálogo— e inscribir la educación para la paz en la vida cotidiana, las mujeres campesinas se consolidaron como agentes constructoras de paz, lo que implicó un acto consciente de transformación que desafió la cultura de guerra y sembró las condiciones de una paz sostenible, capaz de articular la memoria histórica de los territorios con la imaginación de futuros compartidos.

El hilo que articuló los cuatro ejes fue el reconocimiento. Frente a la imagen que ha reducido a las mujeres a la pasividad y a la condición de objetos en los conflictos armados, esta investigación las restituyó como sujetos de acción y agentes de paz portadoras de una sabiduría situada. La apuesta dialógica y narrativa que sostuvo el estudio no fue un mero recurso técnico, sino una decisión ética y política: hacer circular las voces, dignificar las historias no contadas y desplazarlas del ámbito íntimo a los escenarios públicos donde la sociedad pueda reconocerlas. En ese gesto radicó buena parte del aporte del trabajo, pues la visibilización de estas estrategias no persiguió únicamente un fin académico, sino que constituyó un acto de reparación simbólica y una contribución a la reconstrucción del tejido social.

De acuerdo con lo anterior, se recalca el papel de las mujeres campesinas que luchan por la paz promoviendo los valores y los procesos comunitarios al interior de sus territorios. Cuando logran apropiarse de su palabra, su cuerpo y sus acciones, alcanzan procesos de autonomía y emancipación que, como advirtió Marín (2013), obligan a resignificar su rol en los ámbitos cultural, político, económico, educativo y ambiental para la construcción de una paz integral.

Las trayectorias de las mujeres en Florencia y Marquetalia no se agotan en sí mismas, merecen tener eco en otros territorios y contextos de incidencia, en la convicción de que las paces que se tejen desde abajo y con mirada propia constituyen una de las vías más fértiles —y todavía insuficientemente reconocidas— para imaginar y habitar nuevos mundos posibles.

Referencias

1. Acevedo, Oscar (2017). *Episteme de la victimidad: reposicionar a los sobrevivientes y reparar a las víctimas*. Bogotá: USTA.
2. Arias-López, Beatriz; Bliesemann-de Guevara, Berit; Coral-Velásquez, Laura (2020). *(Des)tejiendo miradas: Hilar, bordar y remendar la reconciliación en Colombia*. Periferia Editorial.
3. Aristizábal-González, Claudia Marcela; Pinilla-Sepúlveda, Victoria Eugenia (2023). Fortalezas y capacidades de las mujeres de Encimadas, Samaná, para construir escenarios de paz. *Revista Guillermo de Ockham*, 21(2), 463–477. <https://doi.org/10.21500/22563202.5985>
4. Bautista, Santiago (2022). Pedagogías de la paz territorial y justicia ambiental desde los movimientos de mujeres campesinas. *Nómadas*, 56, 115-132.
5. Bello-Tocancipá, Andrea; Aranguren-Romero, Juan (2020). Voces de hilo y aguja: construcciones de sentido y gestión emocional por medio de prácticas textiles en el conflicto armado colombiano. *H-ART. Revista de Historia, Teoría y Crítica de Arte*, 6, 181-204. <https://doi.org/10.25025/hart06.2020.10>
6. Calderón-Díaz, Anyela; Hoyos-Martínez, Andrea; Ospitia-Rozo, Juliana (2020). *Caminando juntas. Herramientas de autocuidado de bienestar individual y colectivo*. Bogotá: Sisma Mujer.
7. Calle-Piedrahita, Juan; Isaza-Zapata, Gloria (2019). Cooperativismo como compromiso para la construcción de la paz en Colombia. *Revista de Ciencias Sociales*, 25(1), 156-169. <https://doi.org/10.31876/rsc.v25i1.29606>
8. Castillo-Niño, Joseph Vicent; Ospina-Navarro, Andrea; Bautista-Joaqui, Haider (2024). Lideresas sociales sobrevivientes del conflicto armado en Colombia: experiencias desde la resiliencia, redes de apoyo y su proceso en la búsqueda de la verdad. *Eirene Estudios de Paz y Conflictos*, 7(13). <https://doi.org/10.62155/eirene.v7i13.241>

9. Cerdas-Agüero, Evelyn (2015). Desafíos de la educación para la paz hacia la construcción de una cultura de paz. *Revista Electrónica Educare*, 19(2), 135-154. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194138017009>
10. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2022). *Mi cuerpo es la verdad. Experiencias de mujeres y personas LGBTIQ+ en el conflicto armado*. Recuperado de https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-08/CEV_MI%20CUERPO%20ES%20LA%20VERDAD_DIGITAL_2022.pdf
11. Corredor-Sotelo, Yeimmy; Fuertes-Fuertes, Juliana (2021). La memoria transformadora como estrategia de intervención profesional en los procesos de reconciliación social: comprensión a partir de mujeres campesinas, excombatientes y jóvenes en Manizales, Colombia. *Prospectiva: Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, 31, 1-22. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/5742/574266888011/>
12. Courtheyn, Christopher (2018). *Pedagogías de la paz: memorias de la tierra y resistencia cotidiana en el conflicto colombiano*. Bogotá: Universidad del Rosario.
13. Cruz-Rodríguez, Licy (2021). *Fe en Dios: una estrategia de resiliencia para las mujeres víctimas de violencia sexual* [Tesis de doctorado]. Recuperado de <https://repository.uniminuto.edu/server/api/core/bitstreams/a4818d1c-31b0-4ae2-a6f3-78e65d6a62f3/content>
14. Denzin, Norman; Lincoln, Yvonna (2005). Introduction. The Discipline and Practice of Qualitative Research. En *The Sage Handbook of Qualitative Research* (pp. 1-13). Thousand Oaks: Sage Publications.
15. Domínguez de la Ossa, Elcy Mercedes; Aleán-Romero, María Angélica (2020). Narrativas para la emergencia del perdón, la reparación y la reconciliación en víctimas del conflicto armado en Colombia. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 84, 62-78. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/4959/495964701004/html/>
16. Freire, Paulo (1985). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México: Siglo XXI.
17. Garzón-Martínez, María (2020). Regresar por el camino viejo. Retornadas y reconstrucción de la vida en Los Montes de María. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, 19(1), 88-100. Recuperado de <https://liminar.cesmecha.mx/index.php/r1/article/view/789/1231>

18. Guevara-Cobos, Eduardo; Parra-Ramírez, Esther (2019). Interacciones sociales, pobreza y liderazgo: una mirada desde el paradigma del capital social. *Reflexión Política*, 21(43), 151-164. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/110/11063245008/11063245008.pdf>
19. Hernández, Roberto; Fernández, Carlos; Baptista, Pilar (2014). *Metodología de la investigación*. Ciudad de México: McGraw Hill.
20. Herzig, Maggie; Chasin, Laura (2006). *Proyecto de conversaciones: a tuercas y pernos. Guía del proyecto de conversaciones públicas*. Watertown, MA: JAMS Foundation. Recuperado de <https://www.intergroupresources.com/rc/Fostering%20Dialogue%20Across%20Divides.pdf>
21. Lagarde, Marcela (2012). *El feminismo en mi vida*. Ciudad de México: Inmujeres.
22. Lederach, John (2007). *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Recuperado de <https://www.gernikagoratur.org/wp-content/uploads/2020/04/RG02-Construyendo-la-paz.pdf>
23. Loaiza, Julián (Ed.) (2023). *Mediaciones y biografías pacifistas: capacidades políticas para las transiciones hacia las paces*. Bogotá: Tirant lo Blanch.
24. López-López, Wilson; Pineda-Marín, Claudia (Eds.) (2019). *Cómo construir paz en el posconflicto: Reflexiones desde la psicología social, política y comunitaria*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
25. Macías, María; Abarca, Amalio; Madariaga, Camilo; Reyes, Estefany; Amarís, Marcela; Giraldo, Valentina; Julio, Lorena (2016). Estrategias de intervención psicosocial dirigidas a la promoción y fortalecimiento de la salud mental en población víctima de violencia sociopolítica. En *Cátedra UNESCO: derechos humanos y violencia: Gobierno y gobernanza. Problemas, representaciones y políticas frente a graves violaciones a los derechos humanos* (pp. 211-236), editado por Bibiana Ximena Sarmiento-Álvarez; Marcela Gutiérrez-Quevedo. Bogotá: Externado de Colombia.
26. Marín, Yolanda (2013). Las mujeres en la construcción de paz. En M. I. Villa Martínez (Comp.), *Construcción de paz en Colombia* (pp. 115-138). Editorial Universidad de Antioquia.
27. Martínez-Guzmán, Vicent (2009). *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria.

28. Mencia-Azkue, Irantzu (2009). Aportes sobre el activismo de las mujeres por la paz. *Cuadernos de Trabajo Hegoa*, 48. Recuperado de <https://ojs.ehu.eus/index.php/hegoa/issue/view/881>
29. Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado – MOVICE (2020). *¿De dónde sacamos fuerzas? Narrativas de las mujeres sobre los impactos diferenciados de la violencia sociopolítica y los crímenes de Estado en Boyacá, Calda, Meta y Tolima*. Recuperado de <https://movimientodevictimas.org/wp-content/uploads/2020/06/Informegenerofinal.pdf>
30. Navarro-Trujillo, Laura; Uribe-Lineros, Juan (2020). *Juntanza y digna rabia: sistematización de experiencias de las colectivas feministas en la PUJ* [Trabajo de grado de pregrado]. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
31. Pargament, Kenneth; Feuille, Margaret; Burdzy, Donna (2011). The Brief RCOPE: Current psychometric status of a short measure of religious coping. *Religions*, 2(1), 51-76. <https://doi.org/10.3390/rel2010051>
32. Preciado-Valencia, Wilman; Pulido-Varon, Heidi (2020). El papel de las mujeres sobrevivientes en la construcción de paz en Colombia. *Collectivus, Revista de Ciencias Sociales*, 7(1), 109-120. <https://doi.org/10.15648/Collectivus.vol7num1.2020.2555>
33. Richardson, Laurel; dams-St.-Pierre, Elizabeth (2005). Writing: method of inquiry. En *The Sage Handbook of Qualitative Research* (pp. 959–978), editado por Norman Denzin; Yvonna Lincoln. Londres: Sage Publications.
34. Sánchez-Mora, Mayra (2021). Altergeografía del poder: construcción de espacios de paz en medio de la guerra y los monocultivos en los Montes de María (Colombia). *Tabula Rasa*, 38, 177-195. <https://doi.org/10.25058/20112742.n38.08>
35. Sarrazín, Jean; Mira-Sarmiento, Mariana (2023). Espiritualidad femenina y modernización reflexiva en círculos de mujeres. *Entramado*, 19(1), 62-77. <https://doi.org/10.18041/1900-3803/entramado.1.8688>
36. Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Prometeo.
37. Serrano-Mora, Sandra (2021). Tramitación del sufrimiento social en Colombia: una mirada a las experiencias comunitarias desde las víctimas del conflicto armado. *El Ágora USB*, 21(2), 673-689. Recuperado de <https://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/5038/4624>
38. Shotter, John (1993). *Realidades conversacionales. La construcción de la vida a través del lenguaje*. Buenos Aires: Amorrortu.

39. Silva, Erwin (2015). Educar en los valores universales de la cultura de paz. *Cultura de Paz*, 21(66), 16-31. Recuperado de <https://camjol.info/index.php/CULTURA/article/view/2212/2007>
40. Sisma Mujer (2016). *Sanando heridas entre mujeres. Experiencias de recuperación psicosocial y construcción de paz de mujeres colombianas*. Recuperado de <https://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2021/08/2016-Sanando-heridas.pdf>
41. Strauss, Anselm; Corbin, Juliet (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundada*. Medellín: UdeA.
42. Tamayo, Camilo; Bonilla, Jorge (2014). El deber de la memoria. La agenda investigativa sobre la cobertura informativa del conflicto armado en Colombia, 2002-2012. *Palabra Clave*, 17(1), 13-45. Recuperado de <https://palabraclave.unisabana.edu.co/index.php/palabraclave/article/view/3383/3384>
43. Villa-Gómez, Juan David (2016). Perdón y reconciliación: una perspectiva psicosocial desde la noviolencia. *Polis. Revista Latinoamericana*, 43. Recuperado de <https://journals.openedition.org/polis/11553>
44. Villa-Gómez, Juan; Guzmán, Clarivel; Arango, Jorge (2022). Significados y experiencias personales de perdón y reconciliación en mujeres víctimas y mujeres excombatientes de las FARC. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 13(2), 612-639. <https://doi.org/10.21501/22161201.3753>
45. Villellas-Ariño, María (2010). La participación de las mujeres en los procesos de paz: las otras mesas. *ICIP Working Papers*, 5, 1-64. Recuperado de https://recercat.cat/bitstream/handle/2072/96889/WP201005_CAST.pdf?sequence=1

Leidy Patricia Cuaical-Canacuan

Trabajadora social de la Universidad de Caldas. Estudiante de la Especialización en Paz y Desarrollo Territorial en la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior. Correo electrónico: patycuaical30@gmail.com

Paula Vanessa Sánchez-Agudelo

Psicóloga y Magister en Desarrollo Infantil de la Universidad de Manizales. Doctora en Psicología de la VUB de Bruselas. Correo electrónico: vanessa.sanchez@ucaldas.edu.co